

## LA NEUTRALIDAD PSICOANALITICA

M. L. EDELWEIS, Brasil

Trad. JORGE GIRALDO ANGEL

Una de las mayores tentaciones que acecha al analista, y no solamente al principiante, es la de convertirse en una especie de director espiritual. Para ello es solicitado con frecuencia por el paciente deseoso de verse liberado de las perturbaciones que le obsesionan, y que, es evidente, piensa poder liquidar gracias a una intervención mágica del analista, a quien cree dotado de una eficacia semejante a la de un analgésico o a la de un antibiótico poderoso. Es muy raro encontrar un paciente que esté de acuerdo con la lentitud del proceso psicoanalítico. En efecto, su trama puede a menudo tomar por esta misma razón el aspecto de un asalto de esgrima en la que la paciencia y la habilidad del analista son puestas a prueba duramente, por el ataque renovado y sutil del paciente, que revestido ciertamente de buenas intenciones, trata de hacerle salir de su posición neutra de "testigo", de "catalizador", de un proceso de curación para transformarlo en "consejero", "maestro" o "juez".

El encuentro intensivo del psiquismo de dos personalidades diferentes, como sucede en el psicoanálisis, tiene necesariamente algo de dramático, porque la ley de impermeabilidad que rige el mundo físico gobierna también el mundo psíquico. La penetración de una no se hace posible sino allí donde la otra cede, y el fin de todo proceso humano de este género no es ceder con miras a una subs-

titución, sino solamente con las de un perfeccionamiento. Personalidad y psiquismo del analizado no están destinados a recibir el cuño de la personalidad y del psiquismo del terapeuta.

El psicoanálisis según Lagache, sirve también para curar la neurosis, lo que significa que posee de hecho, un dinamismo mucho más profundo que el requerido para la simple solución del conflicto en superficie. Sobre este punto, casi todas las escuelas están acordes: la finalidad de la psicoterapia no es solamente la eliminación de los síntomas, aunque a veces circunstancias imperiosas no permitan ir más lejos.

El conflicto es la no consonancia con un cierto orden de cosas y la adaptación es el hecho de ponerse de acuerdo con el orden en cuestión. Dado que todo conflicto mental es interior, se sigue que será necesario restablecer el orden en el interior y la medida de la persona, semejante a los demás como ser humano, original e inimitable en cuanto está dotado de existencia individual. Porque es al mismo tiempo individual y humano, el destino de cada uno es personal también, contrariamente a lo que hay en el de puramente animal. De donde el análisis, subjetivo por el hecho de ocuparse de vivencias de un individuo, es también transubjetivo por razones de su tarea que es poner al sujeto en armonía con un orden dado en parte común y exterior, independiente de él, y hacia el cual ine-

vitiblemente se orienta, al mismo tiempo que le está condicionado.

No nos preocupamos por el momento, por saber cuál es y hasta dónde se revela el orden exterior que puede existir también por fuera de los límites del psicoanálisis o de otra ciencia experimental cualquiera. El fin práctico del psicoanálisis es obtener un orden interior de tal naturaleza que el enfermo pueda entonces liberarse de las coartadas o restricciones deformantes que le da la neurosis, devolviéndole así la libertad interior específica.

El psicoanálisis no impone un fin, sino ayuda a escoger libremente el fin que va a alcanzarse. En otros términos, el psicoanálisis se propone, sobre todo, ayudar a ver claro. Esto significa que pretende enseñar al paciente a distinguir en el contexto de las acciones y reacciones, el motivo real y verdadero que las determina y también, por consiguiente, la manera de obrar visible, exterior, que puede tener raíces muy diferentes de lo que aparece en la superficie consciente. Se puede aplicar aquí lo que es válido en toda relación humana a propósito de la objetividad de las cosas: las apariencias engañan. Y engañan justamente porque como diría Caruso, la toma de contacto con la realidad no es sino simbólica.

Es bueno recordar un poco la vieja y siempre lógica aristotélica: el concepto, la idea, nacida de la simple aprehensión de la cosa por el intelecto, forma el símbolo en el cual vemos nosotros la cosa, semejantemente a como en el objetivo de una cámara (de fotografía) o de unos gemelos, se ven los objetos focalizados. El lente puede ocasionar deformaciones más o menos grandes de la imagen luminosa, de la misma suerte que nuestro intelecto puede adaptarse más o menos a la objetividad exterior, comportando así errores más o menos graves. Símbolo quiere decir etimológicamente encuentro. Por el uso se ha vuelto sinónimo de “encuentro intelectual”, ya relativamen-

te directo, como en el caso de arriba —encuentro del intelecto y de un objeto en el concepto de un órgano visual con una realidad luminosa exterior en los gemelos— ya relativamente indirecto como sucede en el empleo corriente del término, donde se establecen los “símbolos” por pura convención para designar una entidad cualquiera. Se debe saber en el último caso, por lo demás, que tal grupo de señales ha sido compuesta para “representar” tal o cual entidad con miras a poder ligar la percepción del signo con la cosa significada. El símbolo no nos dice nada a propósito de la cosa en cuestión. El símbolo en esta acepción pierde su carácter primitivo y concreto de “encuentro” muy directo, para convertirse más bien en “la cosa que conocida, nos lleva al conocimiento de otra por la cual ha sido puesto en relación.” Tomemos, para dar un ejemplo, el símbolo de la Cruz Roja Internacional. La realidad objetiva es una figura geométrica formada por dos líneas iguales que se cortan en la mitad, en ángulo recto, en rojo sobre fondo blanco. En sí misma, tal figura no tiene nada que ver con una sociedad internacional de asistencia. El lazo entre las cruz griega roja y una entidad filantrópica mundial está establecida por pura convención. Conociendo esto, el signo en cuestión podrá recordar al sujeto que lo percibe, la sociedad representada convencionalmente. El signo ha revestido por tanto, una significación extrínseca determinada. Es lo que se llama el fenómeno de la “sobre-determinación” de los símbolos. Aquí ya el término “símbolo” expresa alguna cosa que significa que recuerda otra cosa diferente de él mismo. La misma cruz de colores rojos puede recordar al ciudadano suizo el homenaje hecho a la bandera de su país, del cual se ha tomado el signo Dunant, el fundador de La Cruz Roja. Dos recuerdos, por tanto, muy caros.

Por el contrario, para el soldado que ha hecho la guerra, podrá hacer revivir

los dolores formidables de las heridas recibidas en el campo de batalla. Conviene no olvidar que, para el hombre, no hay ideas puras que no desborden los límites del entendimiento. Hay solamente ideas-hechos, ideas que vienen a través de la percepción que es también un hecho muy complejo. Se puede citar a este respecto, el viejo aforismo: todo lo que se recibe, se recibe según el recipiente. Y es todo el hombre, viviente, con su pasado biopsíquico formado por la herencia y por las experiencias vividas el que percibe, piensa y recuerda. Continuando con el mismo ejemplo citado anteriormente. En muchos países musulmanes, el símbolo de la Cruz Roja no es el mismo que nosotros empleamos dentro de nuestros países, sino una cruzante roja sobre fondo blanco, pues la cruz es un símbolo cristiano que les recordaría, más bien viejas querellas que el acercamiento de la solidaridad humana.

Se necesita ciertamente comprender la polivalencia de los símbolos. El símbolo revela pues algo y nos ayuda por tanto, a acercarnos a la cosa representada por él. Pero el contenido real de este algo, puede variar de un caso al otro y hasta cierto punto, varía siempre, a pesar del fondo común. Deberíamos redescubrir la vieja verdad filosófica; todo sér es análogo nunca unívoco.

Habiendo comprendido la polivalencia del símbolo, somos capaces de comprender también la delicadeza de la operación psicoanalítica que tiene por fin, textualmente, analizar, disociar los elementos constitutivos de "los complejos" de cargas afectivas ligadas a símbolos sobredeterminados, que forman un todo asociado.

La neutralidad del analista, llamada también actitud de testimonio, emerge de la prudencia con la cual él pretende descomponerla, desagregar lo que hay como denominador común en la significación de un símbolo, de tal modo que la enfermedad pueda reconocer aisladamente cada símbolo en sí, con su propia

carga subjetiva, específica, desprendida de toda otra.

El analista no hace otra cosa que tender el espejo a aquel que debe mirarse con miras a reconocer su verdadera fisonomía. Se debe subrayar que es el enfermo quien debe reconocerse como el peregrino que debe hacer él mismo su camino.

Pontalis pone en guardia contra el peligro de pretender fundar todo el análisis sobre "impertinencias agresivas y pedantes" dirigidas contra el contenido manifiesto del "discurso" (Lacan) del paciente. Como lo dice Lacan: "el hombre que, en el acto de la palabra distribuye el pan de la verdad, reparte también la mentira". Se requiere una especie de diplomacia para llegar a leer en las palabras pronunciadas lo que no se ha dicho, "el verbo interior que constituye el verdadero mensaje disimulado en el lenguaje exterior". En el orden simbólico continúa el mismo autor, los vacíos son tan importantes como los plenos", son elementos del discurso interior, como los sueños, los actos fallidos, los síntomas. "Un acto fallido es un discurso bien realizado". En la teoría psicoanalítica, dice Pontalis, no se ha prestado suficiente atención a la cuestión de la verdad del concepto en beneficio del valor pragmático. El analista es testigo del paciente, pero lo es para la verdad. El fin del análisis es liberar el "movimiento" del paciente hacia lo verdadero, para esclarecer la cuestión encerrada, por ejemplo, en el síntoma neurótico.

Por esta razón el análisis rechaza la "sugestión" que consiste exactamente en proyectar sobre el paciente el comportamiento, el discurso del analista, y que toma el nombre de contra-transferencia, favoreciendo, ocasionalmente, como es el caso cuando se trata de un paciente agresivo, una situación sadomaoquista recíproca.

Todo encuentro humano —y el encuentro psicoanalítico no es excepción

a la regla— es hasta cierto punto, “sugestivo” porque tiene tendencia a imprimir un carácter y una influencia a una situación dada. Esto no contradice la observación anterior. Se debe más bien preguntar cuál es la función exacta desempeñada por el analista en la relación con el paciente que está psicoanalizando.

El encuentro analítico, más que los otros, es ambivalente. Puede ser narcisista, pero debe ser emancipador. No será imperativo, pues aún en el proceso de “liberación” debe ser libre, espontáneo, de parte de aquel que es liberado. El verdadero testigo del análisis no es el que condena la transferencia negativa tratando de provocar en sustitución, una más positiva. Porque la transferencia en sí misma es también un símbolo, un encuentro explorador, intrínseco al proceso en curso. Está directamente ligada a la “reflexión” de las actitudes del paciente favorecida por el analista-testigo.

Tomado al pie de la letra, el espejo es una imagen simbólica del narcisismo, de la actitud de aquel que no mira sino a sí mismo, como en la leyenda, muriendo para aquellos que lo rodean, embebido de sí mismo. En otros términos, con rigor, el espejo es psicológicamente un símbolo mortal. Pues bien: el espejo presentado por el analista para que el paciente pueda ver allí su propia imagen, podrá ser como tal un instrumento de perdición, como también paradójicamente, de liberación. ¿Cómo es posible esto? ¿No habrá una antinomia esencial?

El que colabora en la función de “espejo” es un ser humano, dotado biológica y psíquicamente de una fisonomía individual y específica que no es posible desconocer. Los rasgos característicos de esta fisonomía, imprimen a la situación inter-humana un sello especial, lo que tampoco se puede negar. Por otra parte se tiene un ser con sus características humanas, semejante al primero,

pues de todas las profesiones, la más general es la profesión de hombre. Es fácil provocar una transferencia “buena, positiva”. Pero esto no basta, porque continúa ante todo, ambivalente, como toda afectividad cargada de narcisismo. Se habría provocado entonces en la transferencia positiva, la imagen clara de la contratransferencia del terapeuta: un verdadero corto circuito narcisista, el narcisismo del paciente y el del analista, con la sumisión de aquel a éste, sellada en el reverbero narcisista del espejo. Esto se comprende fácilmente.

Cada uno de nosotros posee un molde o modelo de comportamiento. En el molde en cuestión hay rasgos animales y otros específicamente humanos. Se habla en el lenguaje corriente de maduración interior. Lo que hay de animal llega a ser humano y lo que hay de “común” se “personaliza”. El espejo del análisis debe contribuir a aumentar los rasgos diferencialmente humanos de molde o esquema de comportamiento. Este espejo entra en la transferencia y es completamente absorbido por aquel.

Siendo dado que las relaciones humanas son extremadamente ricas en transferencias se podrá preguntar uno ¿por qué sólo la transferencia analítica está dotada del poder de curar? La respuesta es sencilla: porque ella —la transferencia— es también analizada. La transferencia es una ley fundamental del conocimiento y del progreso. Se transfiere siempre alguna cosa de lo menos conocido a lo más conocido con miras a reconocerlo. La ley de repetición es condición necesaria de todo aprendizaje.

Se requiere repetir para llegar a conocer. Hay en esto algo de conservador y de narcisista; la repetición de lo ya vivido, es al mismo tiempo factor de aprehensión de lo nuevo. Es el secreto del espejo psicoanalítico: por la transferencia el paciente se mira de modo narcisista en el analista, pero llegando por lo mismo en el espejo a sorprender la realidad, ya que tal espejo no lo frus-

tra como es el caso para los otros en la vida del neurótico. Y la no frustración viene precisamente del hecho de que el encuentro analítico se caracteriza por la nota del testimonio.

Uno de los habitantes del espíritu humano —en ocasiones poco cómodo— es el problema de la verdad, la necesidad profunda de conocimiento y de liberación. De hecho, estas dos cosas van de la mano: “La verdad os hará libres” (S. J. VIII-32).

La neurosis, según lo ha puesto de relieve Caruso, es un ensayo frustrado de llegar a la solución del problema de la verdad en la vida. El analista es el testigo de este trabajo interior de maduración espiritual y es en su calidad de testigo como facilita el libre desarrollo de tal movimiento. Por tanto, si la transferencia psicoanalítica opera en este sentido, deriva su mérito de su carácter de testigo, situado en el polo opuesto de la predicación o del desenmascaramiento. El análisis, en una palabra no sustituye una neurosis patológica por otra de tipo psicoanalítico. La neurosis de transferencia debe existir solamente un cierto tiempo y de manera pasajera. Si es de otro modo, el enfermo no sería curado sino sencillamente cambiado de neurosis.

La ambivalencia del reflejo analítico se manifiesta de la manera siguiente: hay, primeramente, la neurosis de transferencia que es la imagen narcisista, el auto-reflejo del paciente en el analista, a semejanza de lo que sucede en la pasión de un idilio neurótico.

Pero, seguidamente, se revelan en este espejo las imágenes “alucinatorias” de la neurosis, es decir: los contenidos desprovistos de significación simbólica.

¿Por qué? Pues porque el analista no es un compañero en el juego. Detrás de la imagen del espejo, de modo nítido está el “principio de realidad” cuyo testigo es el analista. En una pasión cualquiera, como también en la neuro-

sis, se debe siempre contar con la acción del inconsciente. Pero no es “oído” no es “descifrado”. Encuentra por el contrario, un compañero semejante a él que refleja imágenes análogas. Hay en este caso una contra-transferencia. De donde el cuidado que el psicoanalista debe tener de no caer en las tentaciones de una ocasional contratransferencia, lo que sucedería, por ejemplo si él tratase de encaminar hacia sí mismo la transferencia. Una de las más grandes tentaciones que acecha al analista, y no sólo al principiante, es ésta: sea haciendo el simulacro activo como lo ha hecho, en la psicología animal Konrad Lorenz quien ha tenido éxito de atraer a él un animal simulando su comportamiento; sea desenmascarando la transferencia al desempeñar el papel de “principio de realidad”, de modo activo, en calidad de juez o de maestro, en lugar de contentarse con la función menos brillante, pero realmente sana de testigo.

De esta manera solamente es posible realizar el “psicoanálisis abierto” practicado por Caruso, y escapar por esta suerte, del peligro de encerrar al paciente dentro de un cuadro metafísico, o metapsíquico, rígido y hermético si no existiera ya una contradicción en los términos. Todo psicoanálisis es en últimas, autoanálisis. Freud lo llamaba “arte de interpretar”. Solamente a partir de la actividad colaboradora paciente-analista se puede llegar a traducir el mensaje en clave que salta del inconsciente y que se dirige al paciente y a nadie más. La interpretación no es una especie de cosa fabricada. Los símbolos no son puestas en una especie de camisa de fuerza de un diccionario invariable, lo que no quiere decir que el hombre, uno en su naturaleza, pueda emplear símbolos análogos para expresar experiencias vivenciales análogas, poniendo en salvaguarda las individualidades de colorido y de forma de la sobredeterminación. Precisamente el hombre va a encontrar, al fin del análisis, la unidad interior. Uni-

dad psíquica, pero no necesariamente unidad doctrinaria. Un psiquiatra vienés decía: "si yo me acostase tres o cuatro años sobre un diván, también yo terminaría por aceptar el psicoanálisis". Con todo, el fin del psicoanálisis no es convencer, como lo pretendía el autor de la observación. No es el oficio del psicoanalista "convertir" lo que haya a un sistema determinado de psicología profunda, como a una creencia.

"El orden es la resultante de la buena disposición de las cosas". Lo que el análisis intenta hacer es establecer esa unidad, como interior y dependiente del psiquismo, y nada más. El es ciencia y

como tal modificable, en evolución siempre, y parcial. Toda rama de estudios que se encierre en sí misma, convirtiéndose en absorbente y totalitaria terminará por no ser ciencia y llegará a ser un monopolio.

La actitud del testimonio adoptada por el analista en presencia del paciente es semejante a la que existe, a propósito de los hechos, en el observador imparcial y atento: la inteligente desconfianza de aquel que piensa que puede siempre tener allí una lección que aprender o una proposición que corregir.

## BIBLIOGRAFIA:

**Caruso, Igor.**-Bios, Psyche, und Person Karl Alber-Freiburg in Brgs. 1956.

**Caruso, Igor.**-Psychanalyse ouverte et psychanalyse fermée Bulletin de Psychologie N° 1, Nov. 1956.

**Edelweiss, M.L.**-Psicoanalista como Testemunha-Rev. de Psic. normal e patol. Nos. 3-4, julho dez 1955, S. Paulo.

**Lacan, J.**-Fonction et champs de la parole et du langage en psychanalyse (report de Congres de Rome, 1953). La psychanalyse P.U.F. 1956-Prsr.

**Lagache D.**-Sur le Polyglotisme dans l'analyse-Ib.

**Rudin, J.**-Orienttierug 30-6 53 Zurich.

**Pontalis J.B.**-Freud Aujourd'hui, Le Temps modernes, XI Juin, 1956.